

Volver a mirar el Caribe: *El buen verdugo* y otras ficciones regionales

Texto: Álvaro Serje Tuirán¹

Ilustración: Joyce Cervantes Obregón²

En 1992, una prestigiosa universidad barranquillera fue el centro de un crimen macabro que escandalizó al Caribe colombiano. Un grupo de trabajadores de la entidad educativa había asesinado a sangre fría a decenas de indigentes para poder proveer cadáveres y órganos a la facultad de medicina. Un plan tan escabroso que parece sacado de la más descabellada película de terror. Casi 30 años después, el director barranquillero Iván Wild se inspiró en este caso para contar la historia de *El buen verdugo*, un *thriller* tropical que sigue a la fiscal Natalia Mendoza en su intento de resolver el caso.

Esta producción, financiada por la desaparecida Autoridad Nacional de Televisión, fue emitida en el canal Telecaribe y otros canales regionales

durante 2018. Hoy, vale la pena revisarla, junto a otros proyectos de la televisión pública del Caribe, para reconocer allí nuevas maneras de concebir y relatar audiovisualmente la región. Nuevas formas de explorar el Caribe colombiano a través de las imágenes y los relatos de ficción que aparecen en nuestra televisión.

Oscuridad tropical

El buen verdugo fue la segunda serie de ficción dirigida por Iván Wild, conocido por su anterior proyecto televisivo *Antes de la fiesta* y el largometraje *Edificio Royal*. Son cuatro intensos capítulos, de unos 25 minutos, rodados entre Santa Marta y Barranquilla. Fue una producción de Wild Movies con el apoyo de la Universidad del Magdalena y otras casas productoras de la región. Esta serie intenta reconstruir, en clave de ficción, los escabrosos hechos ocurridos en el 92 y la investigación que logró encontrar a los culpables del escabroso crimen. La protagonista del

1. Director y productor de cine y vídeo documental. *E-mail:* alserjedocs@gmail.com.

2. Artista plástica, streetartist, ilustradora y afrofeminista. *E-mail:* joycecervantesobregon@gmail.com.

proyecto es la actriz caleña Patricia Tamayo, que interpreta a la fiscal Mendoza, una investigadora aguerrida e incorruptible que pasa por una profunda crisis personal, la cual parece complicarse con cada descubrimiento del horrendo hecho.

La serie usa como escenario los callejones oscuros de Barranquilla, las calles sin pavimentar, las “paredillas” por donde nadie cruza porque es peligroso. Es decir, esa otra urbe al margen de la ciudad carnalera y colorida que estamos acostumbrados a ver en televisión. Aquí no hay *bacanería*, no hay folclor, no hay costeños chéveres y dicharacheros; la historia se aleja conscientemente de eso porque responde a otros intereses, otras búsquedas, otros universos narrativos más cercanos al cine negro o a la serie policial.

La decisión de usar a Patricia Tamayo como protagonista deja ver también una apuesta en ese sentido. En una región donde abundan comportamientos machistas y conservadores, resulta valioso poner un personaje femenino fuerte y complejo en el centro del relato. La honestidad en la interpretación de Tamayo le da al personaje el equilibrio necesario entre la fragilidad y la fuerza para hacerlo creíble ante la hostilidad del universo que habita. Este tipo de decisión ya la habíamos visto previamente en *Antes de la fiesta*, serie dirigida también por Iván Wild y que fue protagonizada por la actriz Paula Castaño, que da vida a una periodista investigadora que, trabajando para un medio local, se ve obligada a desafiar al poder de turno. Dos personajes protagónicos sólidos que deben enfrentar complicados misterios, así como sus propios demonios y las convenciones de un entorno sexista y excluyente. Ambas actrices, especialmente Tamayo, logran dar forma a personajes ricos e inquietantes, que recuerdan el espíritu de series policiales como *The Killing* o *The Fall*, claros referentes en la creación de estos proyectos.

Ficciones y regiones

El buen verdugo es un buen producto de la televisión pública colombiana. Un esfuerzo valioso

ante la necesidad de contar el país desde las regiones. Hasta hace muy poco, Colombia había sido contada desde el centro, la mirada bogotana era la que daba forma a lo regional y esto se concebía siempre desde un lugar *exotizante* o caricaturesco. Esta mirada centralista se percibe con mucha fuerza en el caso de la producción de ficción, ya que mientras los canales privados nacionales tienen en las novelas una de sus principales apuestas, en las televisoras regionales la ficción apenas aparecía, probablemente debido a los elevados costos de la producción o a la falta de experiencia del personal técnico y artístico. Esto había construido una televisión regional con una tradición audiovisual más ligada al documental, dejando poco o ningún espacio para productos argumentales como seriados o telenovelas locales. La demanda por este tipo de productos se suple entonces desde el centro; es decir, por décadas, en las regiones nos acostumbramos a consumir solo la ficción producida desde Bogotá, acomodándonos o resignándonos a la mirada que desde el altiplano se le daba al resto del país.

Recientemente, el interés de los canales nacionales por contar las historias de los ídolos de la música y la cultura popular local ha logrado dar un nuevo impulso a las historias de la periferia nacional. El éxito de series nacionales como *Diomedes: El Cacique de La Junta* o *Joe: La leyenda* abrió la puerta para que el canal regional se arriesgara a desarrollar proyectos afianzados en las figuras de la cultura popular. El primer gran ejemplo de este experimento fue *Déjala morir*, que relata la historia de la Niña Emilia. Este proyecto fue un caso de éxito con el público y los anunciantes, lo cual revivió el interés de los canales públicos en la producción argumental. Este interés, acompañado del espaldarazo económico que dio en su momento la ANTV —y, hoy, el Fondo Único de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (FUTIC)— a la producción de ficción, ha permitido que la televisión pública regional comience a contar cada vez más historias en el formato de serie argumental.



El otro Caribe.

Fuente: Archivo de Joyce Cervantes Obregón

Estas nuevas posibilidades permiten a la televisión pública regional la consolidación de una narrativa de país más incluyente, opuesta a la que se concibe desde la capital. En la ficción regional está empezando a aparecer un país diverso, polifónico, multicultural, donde cada región comienza a ser dueña de su propio relato. La ficción tiene un lugar privilegiado en esta construcción, ya que se siente mucho más cercana a la gente, se vuelve fácilmente tema de conversación y conecta mejor con el espectador desprevenido. No es lo mismo sentarse a ver “la novela de las ocho” que un nuevo documental sobre música tradicional. La ficción toma al espectador por sorpresa y funciona en códigos que la audiencia reconoce y asimila con facilidad; eso la hace clave en la construcción de estas nuevas narrativas nacionales y en la manera en que el público se vincula y se reconoce en ellas.

Otro Caribe

Otro aspecto para destacar de *El buen verdugo* y otros títulos recientes es que se alejan de esa mirada folclórica desde la cual se acostumbra a contar el Caribe. Una mirada presente en las mencionadas *Déjala morir* y *Aníbal “Sensación” Velásquez*, pero que ya no aparece en la serie de Wild. En ese sentido, este proyecto nos deja claro que en esta tierra no todo es música y costumbrismo. Que existe un Caribe urbano, contemporáneo, lleno de historias que todavía no se han contado. Un Caribe que ha reinventado ese folclor y que se ha abierto a tradiciones más modernas. Una región que ya pide ser contada desde otras miradas. Miradas que se nutren, por ejemplo, de la novela negra, de la serie norteamericana, del cine contemporáneo, de la *sitcom*, de las culturas juveniles y la narrativa transmedia.

Esa mirada a un Caribe más urbano y diverso ha comenzado a verse en series como *Pescaito*, *Tres Golpes* o *Breicok*. En las dos primeras, se le apuesta a la vieja fórmula del *teen drama* con acento local. Ambos seriados acompañan a un grupo de jóvenes de los barrios populares de Santa Marta y Cartagena, respectivamente, mientras

exploran sus talentos y aprenden de la vida. En el primer caso, *Pescaito*, dirigida por Yuldor Gutierrez, el epicentro del relato es el popular barrio samario y la vida de los chicos gira en torno al fútbol y al colegio. Por otro lado, en *Tres golpes*, de Andrés Lozano, las aventuras de los protagonistas están centradas en la música y el baile.

Estas dos series están lejos de ser perfectas, pero se sienten refrescantes y hacen un gran esfuerzo por lograr un retrato incluyente y real de la juventud del Caribe colombiano. Un retrato que se conecta con expresiones populares como la champeta y el fútbol, así como con conflictos reales y honestos como las pandillas, el aborto y los dramas familiares. Se trata, una vez más, de proyectos que le apuestan a mostrar un Caribe que no está necesariamente mediado por el folclor y las expresiones más tradicionales de la cultura de la región. En estos dos casos, resulta valioso también que los relatos no tengan como escenario principal a Barranquilla o los sectores más reconocidos de Cartagena o Santa Marta. Darles pantalla a los barrios populares de las ciudades del Caribe es también otra manera de ampliar el espectro de la televisión regional hacia una concepción más diversa e incluyente.

El intento de abrir la ficción regional hacia otras narrativas no siempre tiene buenos resultados. Tal es el caso de *Breicok*, dirigida por Jaime Segura y estrenada en Telecaribe en 2019. Se trata de una historia de suspenso que gira en torno a una serie de crímenes ocurridos en el marco de la convención anual de una empresa farmacéutica. Este proyecto es una coproducción entre varios países, lo que seguramente lo obligó a buscar un tono más internacional y apostarles a referentes importados. Sin embargo, el proyecto parece perderse en ese intento de apelar a un público más amplio. La apuesta resulta llena de lugares comunes, donde no se distingue un sello propio ni el intento de encontrar un Caribe para ser narrado. A pesar de que en los diálogos se menciona a Barranquilla, la historia parece ocurrir en una urbe que se siente irreal e impostada. *Breicok*

intenta incluir elementos de otras narrativas y otras formas televisivas, pero su apuesta es tan amplia y su historia tiene tan pocas bases que, al final, parece apuntar en muchos sentidos sin llegar a concretar nada.

Puntos de equilibrio

Sin duda, la clave de esta búsqueda es poder producir un contenido con arraigo y sabor local, pero que logre conectar con las formas narrativas y audiencias de otras partes del país y el mundo. La búsqueda de una narrativa propia del Caribe colombiano es un camino largo. Solo el tiempo y la experiencia nos enseñarán qué funciona y qué no. Sin embargo, es necesario aprender de los errores para no repetirlos y entender que la producción local, especialmente la televisión pública, debe hallar un punto de equilibrio entre su función social como generadora de identidad y las lógicas del mercado.

No se trata de poner a competir unos contenidos con otros, ni de establecer juicios de valor o pertinencia, pero sí es importante entender que el Caribe es un lugar diverso y esa diversidad incluye visiones más contemporáneas. Así que, si se quiere pensar y narrar la región, hay que abrir espacio para toda la paleta de colores, para todos los matices, no solo los tonos festivos y brillantes. Esos otros colores del Caribe, esos tonos más oscuros, esos relatos que a veces silenciamos con el ruido del tambor, también hacen parte de nuestra historia y de lo que somos. Algunos de esos relatos alcanzan a emerger tímidamente en los pasillos de las universidades o en la producción más joven. Sin embargo, la consolidación de una narrativa audiovisual local, con una mirada propia y valor identitario es un camino largo, complejo y cambiante, donde a veces no habrá respuestas correctas. Un camino difícil, pero que, afortunadamente, ya hemos comenzado a recorrer. ■■■

Otros Caribes